

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO



Año IX

Barcelona 7 de Julio de 1898

Núm. 398



— ¡Lástima que la pícara moda de los vestidos no me deje lucir por esas calles de Dios el calzado!



¿ La paz ?

Al Director de LA SAETA.

A la pregunta que me haces, Luján amigo, se me ocurre á mi vez preguntar. ¿ Merecemos nosotros, los españoles, vivir en paz ? Creo que analizando á conciencia la cuestión pudiera contestarse negativamente. ¿ Quién hace la guerra ? ¿ por qué se hace, y á quién es debida ? A las dos primeras preguntas no quiero contestar hoy. Pudiera decir cosas que, aun estando en la conciencia de todos, escandalizarían á más de cuatro que se han propuesto escandalizarse por todo. En cuanto á la tercera cuestión voy á decirte:

Has seguido, como yo, con interés grande, lo que pudiéramos llamar proceso de la guerra; te has enterado de cuanto vociferaron los periódicos, sin que ellos mismos se dieran cuenta de la razón: algunos gritaron por miras políticas, otros (la mayor parte, por desgracia) porque ignoraban completamente todo lo relacionado con nuestros negocios; y unos y otros, ignorantes y mal intencionados, han mantenido engañada á la opinión infamemente, haciendo creer, á los que no tienen motivo para estar tan ilustrados como ellos debieran estarlo, que los norteamericanos no tenían Marina, cuando gozaban de una superioridad inmensa, en número, sobre nosotros; que el mejor marino naufragaría en una jofaina de agua, siendo así que los marineros de los EE. UU. valían tanto como los nuestros, en el arte de navegar. También afirmaba la prensa que nuestros enemigos carecían por completo de ejército, y últimamente hemos visto que, las tropas que desembarcaron en Santiago, han obligado á las nuestras (inferiores en número, es verdad), á replegarse ordenadamente, como se repliegan siempre ejércitos tan bravos y pundonorosos como el español. La caballería yankee ha llegado hasta las puertas de Santiago, según afirman esos periódicos que aseguraban que el ejército contrario era nulo. Han querido empequeñecer á los rivales asegurando que eran pan comido; le llenaron de improperios, dando motivo con esto á que un periódico satírico norteamericano, en justa correspondencia, publique una caricatura que representa un cerdo comiéndose á un león; han gritado hasta atolondrar nuestros oídos, muchos que, como tú sabes, nos han confesado en el terreno de la amistad, que emigrarían si la patria reclamase sus servicios: los que no tenían que batirse sucediera lo que sucediera. Periódico hubo que pidió que fuera un ejército á los EE. UU. para clavar la bandera española en el Capitolio, y lo que lamento es que no pusieran un par de banderillas de fuego al director de tal publicación; se han hecho campañas patriotas y nada razonadas, porque las empresas periodísticas quieren especular siempre con las desgracias públicas, aumentando su capital sin preocuparse del daño que pueden hacer; y escudándose en amor patrio que no sienten, sin pizca de fe, por aumentar unos miserables *perros chicos* se han entretenido en engañar á los crédulos.

Hoy la opinión se llama á engaño, los más confiados dudan, los que no tenían firme su fe vacilan...

Claro es que no se ha perdido España; pasa por dura prueba y nada más. No estamos, pues, en el caso de llorar como ridículas mujerzuelas. Nos queda el honor; réstanos una juventud intelectual y vigorosa que sabrá llevarnos á saborear glorias inmensas.

En cuanto á la paz, me inclino por ella, si es honrosa, pero antes desearía que se formase un regimiento de los periodistas que engañaron al público, y que pidieron la guerra, cuando sabían que á ellos no les amenazaba ningún peligro; un regimiento de esos valientes que clamaban que nuestro ejército pusiera la bandera española en el Capitolio norteamericano, para que intentaran cumplir su deseo.

Y para mandar que fusilasen al primero que volviese la cabeza, quisiera ser el coronel de tal tropa.

RAFAEL RUIZ LÓPEZ.



¡ Libre!...

— Está bien, dijo Carlos, hemos terminado. Y dando un fuerte portazo, comenzó á bajar la escalera; se detuvo en el portal, encendió un cigarro, metió las manos en los bolsillos del pantalón y fuese calle arriba adelante.

En la de Ferraz respiró fuertemente mi hombre.

— Libre, dijo, se acabó la cadena, seamos hombres y vivamos.

Continuó sin rumbo, sin pensamiento fijo; el silencio y la obscuridad de la noche eran á propósito para que Carlos anduviera todo el trayecto sin *volver en sí*, sin pensar, siendo un alma muerta. De pronto una gran claridad, ruido de coches y gente, vinieron á sacarle de su ensimismamiento; asustado, miró á su alrededor; se hallaba en la Puerta del Sol, á donde había llegado sin darse cuenta.

— Bueno, y ¿qué hace un hombre á estas horas? Iré á Apolo.

En el pórtico del teatro se encontró á un amigo, joven como él y también algo *mundano*.

— Chico, ¿qué es eso? ¿Tú aquí?

— ¿No estás tú?

— Sí, pero yo no necesito permiso, y ¿á tí te lo han concedido?

— ¿Concedido? No hay necesidad, soy libre, ¿sabes? libre.

Y repetía la palabra para convencerse á sí mismo.

— ¡Hola!

— Sí, he concluído con la Pepa.

— Has hecho bien, no te merecía, estabas *anulado*.

— Era buena.

— Pero te tocaba poca bondad; érais varios á repartir.

— ¡Mentira!

— ¡Qué! ¿te incomodas? Luego...

— No era mi mujer.

— Por eso, hazte esa cuenta.

Entraron. Ya Carlos sentado en su butaca, seguía pensando en las palabras de su amigo.

— No eras sólo, repartías con otro los encantos de la Pepa.

Y aquella idea, aferrada á su cerebro, le

tenía fuera del ambiente que respiraba, miraba sin ver y oía sin escuchar.

— Déjale, está distraído.

Oyó de pronto. Volvió la cabeza, notando entonces que por vecinas de localidad tenía á dos pecadoras: la *Catalana* y la *Lola*.

— ¿Oye, vuelves de Cuba? Le preguntó una de ellas.

— Sí que estás *asustao*, hombre. ¡Claro! tanto tiempo sin bajar á Madrid, te hace parecer un Colás. ¿Estás pensando en alguien?

— ¿Yo?— dijo Carlos, como sublevándose á la idea de que pudiera pensar en la Pepa.— No os había visto, no pensaba en nada, ahora pienso en que estáis muy guapas.

— Gracias, chico, ya lo demostrarás luego, ¿verdad?

— Oh, no hace falta demostrarlo.

La representación seguía su curso, cuatro autores, ¿qué menos? habían puesto á contribución su ingenio y habían logrado hacer una *cosa*, que se llamaba *pieza*, muy metida en chistes fáciles y retruécanos molestos; los músicos, por su parte, combinaron muy bien unos valeses de Strauss y unos fragmentos de Offenbach, formando un conjunto agradable y que les prometía gran popularidad organillesca.

Aquello ponía de mal humor á Carlos; le indignaba ver á tanta gente oyendo con fruición aquel cúmulo de majaderías. Sí, había decadencia; el público que gustaba de aquello y el autor que lo escribía, formaban parte de esa sociedad actual que, estragado el gusto, ni aun se toma el trabajo de buscar algo raro y exótico, sino que raya en lo malo, lo ínfimo.

La gente salía del coliseo y Carlos, formando parte de aquella recua de trasnochadores, subía, como ellos, por la calle de Alcalá; llegó á Fornos, una antigua costumbre le condujo á la puerta del café, abrió y entró.

Los parroquianos de tal hora, gente casi toda viciosa, habían acudido á aquel mercado de mujeres; éstas, de diván en diván y de mesa en mesa, iban ofreciéndose; á

cada momento se abría la puerta y entraban dos ó más hombres ó una ó dos mujeres que, rendidas y fatigosas de *rodar* por las calles, se refugiaban allí como sitio de descanso.

La atmósfera, cargada de humo y del olor asfixiante de comida, era pesada, molesta; la bestia humana se mostraba desvergonzadamente, sin ninguno de los diques que en sociedad contienen.

— Anda, convidame á cenar.

Oyó decir Carlos á su lado; era la *Catalana* que como él, desde Apolo había acudido al café.

— Siéntate y cena.

— ¡Olé los generosos! ¡Mozo! ¡Mozo!

Y se dejó caer á su lado en el diván, rozándole con su cuerpo y haciéndole aspirar ese olor penetrante de la cortesana.

— ¡Ah! no quiero *ravigout*, porque luego resulta que con un nombre tan raro, son patatas guisadas ¿sabes?

Seguía entrando gente; estaba el café completamente lleno; la Lola, la Margarita, la Aragonesa y todo el brillante escuadrón del placer, habían comenzado el ataque.

La mesa de los *groupiers* estaba espléndida; sus achulados moradores cenaban alegremente con el dinero fácilmente adquirido. Las tertulias de los viejos, de los cómicos, de los periodistas, estaban igualmente animadas, y en una mesa se discutía acaloradamente si Lola, una arrogante moza que allí se hallaba, había querido alguna vez y, sobre todo, ¡esto era lo importante! si había sido honrada, *Mocita*, como ella decía.

Carlos miraba todo esto estúpidamente, reclinado, tumbado casi en el diván, mientras á su lado la *Catalana* devoraba la ración y le contaba con monotonía sus relaciones con el *Cubanito*, un *maleta* que estaba *liado* con ella, y que era lo suficiente sinvergüenza para vivir con una vendedora de placer que llegaba hasta él, rendida de *trabajo*.

A Carlos le hacía daño la relación; él también se sentía un poco *Cubanito*.

— Pero no consentido ¡eso no!

Gritó de pronto. La *Catalana* le miró asustada.

— Chico, ¿estás loco? ¿Qué gritas?

— Déjame, son cosas mías.

Un poco más allá, una rubia, tipo de inglesa, les enseñaba *prácticamente* á dos *attachés* de embajada, que las mujeres españolas ya no llevan navaja en la liga; mientras que una compañera añadía un nuevo dato, (que á ella le hubiera sido imposible hacerlo, pues ni unas ligas llevaba, ¿para qué?)



— ¿En qué quedamos? ¿vienen los yankees ó no?

enseñando los calcetines, muy monos, escoceses y que á los extranjeros hacían prorrumpir en exclamaciones internacionales.

— Vamos. ¿Vas á venir?

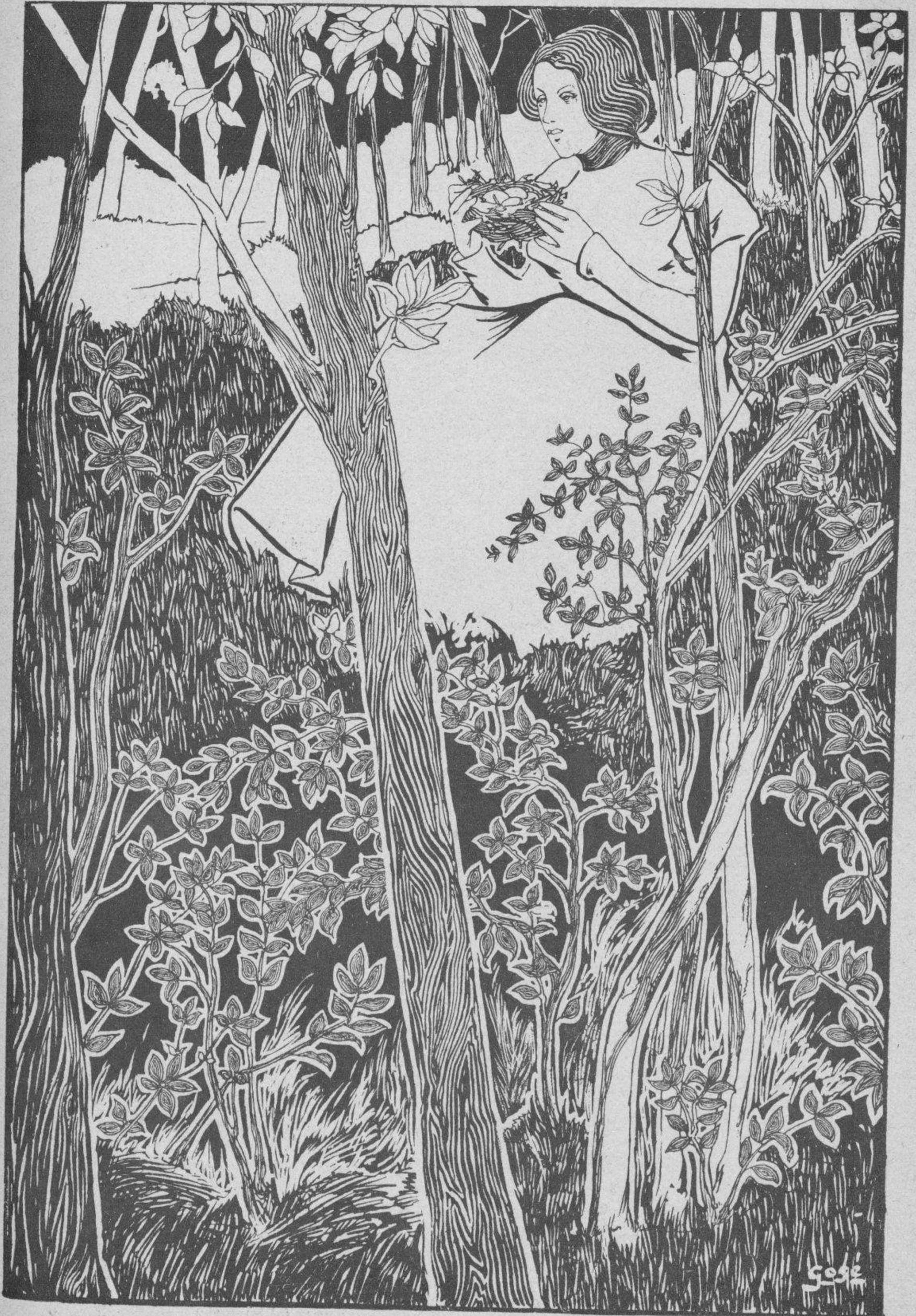
— ¿Contigo? ¿A tu casa?

Y volvió á sus reflexiones.

Carlos consintió; después de todo tenía razón; había que caer en *eso*, en el amor fácil, en lo que tanto le atormentaba.

— Sí, vamos, dijo; añadiendo luego: ¡Soy un imbécil!

Salieron juntos; él pensando que con la posesión de aquella mujer no se acordaría



A caza de nidos

La Saeta

de la Pepa, y ella, que al día siguiente tenía asegurado el sustento suyo y el del *Cubanito*, «ese arrastrao...»

Cuando salían, aun pudieron oír á la Lola, cuya inocencia estaba discutiéndose,

que decía: — No le creáis, yo me acuerdo de cosas de niña y de eso no me acuerdo; mi madre debía tener la culpa... Amanecía...

MIGUEL ARDAM.



Tipos de mi tierra

SOLEDAD

Con la guitarra en la mano,
llena de tristeza el alma
y mojadas las mejillas
de llanto amargo que abrasa,
pásase el día y la noche
y del instrumento arrancan
las más tristes armonías
sus manos breves y blancas.

De aquellos ojazos negros,
de vez en cuando, se escapan
rayos de amor, que enloquecen
al que se atreve á mirarla.
A intervalos también miran
aquellos ojos con rabia,
y arrojan chispas de fuego,
chispas de fuego que abrasan.
Son armonioso lamento
todas las coplas que canta,
quejándose amargamente
de penillas que la matan.

«No tiene padre ni madre
y hay un hombre que la engaña»;
¡la engaña, cuando felices
son más de mil con mirarla!
Y aquella preciosa niña,
asomada á la ventana
esperando al que no llega,
toda la vida se pasa,
con la guitarra en la mano,
llena de tristeza el alma
y mojadas las mejillas
de amargo llanto que abrasa.

Y allí siempre, día y noche
de aquel instrumento arrancan
las más tristes armonías
sus manos breves y blancas.

RUILOP.

— Parece mentira. ¡Tan bien como echas el lazo al zapato y que te falte trastienda para echárselo á un hombre!

El siglo de los faroles

Vivimos en un siglo fecundo como él solo en notabilidades.

Hubo un tiempo en que no parecía mal que le apellidásemos (especialmente los españoles) *siglo de las luces*; pero ya no veo tan justificada esta *esplendente* denominación, y admitiría con mayor conformidad la de *siglo de los faroles*.

Quizá alguno de ustedes me responda con nuestro histórico *tanto monta*; pero en tal caso no se tendrá en cuenta seguramente que *farol* y *lux* no siempre son sinónimos.

Y admitida por mí la conveniencia de semejante calificación, admitido queda el punto de partida de este insulso articulejo; el *siglo de los faroles* bien puede llamarse *siglo de las notabilidades*, porque muchas veces notabilidad y farol vienen á significar lo mismo en el lenguaje del vulgo.

Asunto de más que mediana importancia sería para cualquier pluma (y para la mía sobre todo) examinar cualquiera de las múltiples manifestaciones que ofrece el género *notabilidad*. Me limito, por tanto, á citaros un ejemplo presentándoos como tipo ideal al doctor X...

El doctor X... es un sabio, gloria de la patria y honra de la humanidad. Yo valgo poquísimos para atreverme á profundizar su ciencia; pero esto no impide que os asegure de todas veras que el doctor X... es un genio, no de los que no caben tres en libra, sino de los que no cogen medio en arroba.

Ya veis que os hablo de una de las primeras notabilidades; sin que yo recuerde ya el torpe parangón establecido entre *notabilidad* y *farol*; entonces me refería al vulgo, y nuestro buen doctor nada de vulgar puede tener.

¿Cómo he de desconocer su mérito cuando él no lo desconoce, y en un exceso de modestia nos lo recuerda en las columnas de todos los diarios?

«Aquellos de mis compañeros que hasta aquí han sido tenidos por entidades, no sirven para descalzarme la babucha izquierda». Esto nos dice el buen doctor á todas horas, y cuando él lo dice, sabido se lo tendrá.

Estamos acostumbrados á no recompensar las vigiliadas del hombre estudioso, y hacer escaso aprecio de los talentos contemporáneos; cualquiera diría que el genio no tiene mérito si no es *añejo*, como si se tratase de una pipa de Jerez. Aun no hace muchos me-



— Me tiene V., señor, rendida y enamorada.

— Lo pensaré, lo pensaré... y sobre todo veremos lo que dice papá.



Me dice Luis que quisiera formar una cuerda con mis cabellos y ahorcarse. ¡Tonto! con poner la cabeza en esta mata tenía de sobras.

es, al asistir á las solemnidades con que se conmemoraba la muerte de Cervantes, me decía yo: «Al pobre Manco se contentó su siglo con dejarle vivir porque no era añejo todavía».

El doctor X... no dejó de hacerse idéntica reflexión: Tú — decía él — nos has dejado tus obras, y aun admiramos al manchego hidalgo y á su panzudo escudero; tú has tenido tu mérito, y apenas si tu siglo lo reconoció. Yo, es verdad que ando á cachetes con la gramática, pero mi misión, más importante que la tuya, la cumplo *con la mayor gracia*, y día llegará en que mi palabra, cual la palabra potente de Jesucristo, haga á Lázaro salir de su sepulcro. ¿Pues querrás creer que no falta quien sería de mi ciencia?

¡Oh! Y soy yo el primero en reconocer la justicia de tal queja. Los que somos *simples mortales* no podemos comprender en nuestra doble desgracia de ser *mortales* y ser *simples*, la calamidad que es estar considerado en el número de las *notabilidades*. Momentos hay en que doy gracias á Dios que me ha hecho tan pequeño para poder llegar á semejante altura.

El doctor X..., como todo hombre que se propone ser útil á la humanidad, no se arredra por nada y sigue haciendo feliz á esa sociedad apellidada ya *metal*, por quien debía tener poderosos argumentos con que justificar semejante calificativo.

Es lo cierto, que al fin pudo convencer á algunos, de que Dios misericordioso siempre, nos ha mandado á él como alivio de nuestras penas; y más cierto aún, que no olvidando que corre el siglo décimo nono, no imite la conducta del sastre del campillo, necedad que sería imperdonable en quien tiene la privilegiada inteligencia de nuestro doctor.

Ya que otra cosa no me ha sido posible, ahí tenéis presentado muy á la ligera un *tipo notable*.

A vuestro criterio encomiendo el apellidar á nuestro siglo, *siglo de las luces ó siglo de los faroles*.

ANTONIO AGUILAR.

Cañitas

Es tu palabra lo mismo
que los días de verano,
por la mañana, sereno,
y por la tarde nublado...

Lo mismo que hace la yedra
conmigo tú vas á hacer,
que al que le sirve de apoyo
ella le oprime después...

A las campanas, serrana,
comparo tus sentimientos,
porque ellas repican fuerte
siempre que tocan á muerto...

J. ENRIQUE DOTRES.

Sobre ellas

Se han dicho cosas estupendas sobre la mujer... quiero decir respecto á la mujer.

Eurípides, entre otros muchos caballeros, ha asegurado en su tragedia *Phenix*, que la mujer «es el más horroroso de todos los males».

Se conoce que el trágico griego sufrió durante su vida alguna epidemia... de mujer.

Y no debió pasarlo mal del todo con la dolencia, cuando en otra de sus obras, el *Ciclope*, pone estas palabras en un coro: «¡Ojalá que la mujer no hubiera existido nunca... nada más que para mí!»

—¡Ah! ¡calaverón!.. Ahí tienen ustedes á Eurípides convertido en el don Juan Tenorio de sus tiempos.

¡Quién lo dijera!...

Propercio, otro caballero no menos solapado que Eurípides, dió también su opinión en el asunto, y dijo — yo no sé dónde ni cómo — que «urdir fraudes era la ocupación única de las mujeres».

Un amigo mío, que conoció á Propercio en su juventud, me ha asegurado que el poeta latino mantenía á media docena de cuñadas.

Ahora comprenderán ustedes lo de los fraudes.

La Rochefoucauld asegura bajo su palabra de honor, «que la virtud en las mujeres es cuestión de temperamento».

De lo cual se deduce fácilmente que Lucrecia, Virginia, Susana y otras señoras no menos respetables y virtuosas eran eminentemente linfáticas.

Y Mesalina, Julia, Cleopatra y demás mozas de rumbo que tuvieron sus trapicheos, endemoniadamente sanguíneas, pongo por temperamento.

Siguiendo, pues, la teoría de La Rochefou... etcétera, etc., puede decirse:

«Fulana es una chica virtuosa porque lo ha dicho el médico de la casa».

O «Fulana tiene mucha linfa».

Y viceversa.

¡Qué negro porvenir para las mujeres nerviosas!

Quiero decir, para todas las mujeres.

Luís Denoyers, echando su cuarto á espadas en el asunto, se expresa de este modo:

«Las mujeres aman á Dios de la misma manera que á sus amantes».

Es una manera delicada de llamarlas á todas impías.

O mejor dicho, ateas.

Stahl — otro que tal, — metiéndose en lo que no le importa, ha dicho estas palabras:

«El amor es un alquimista. Un enamorado es



— Por más que digan los filósofos, la pereza no es enemiga de las buenas formas.

generalmente un hombre que, habiendo encontrado un pedazo de carbón se lo guarda en el bolsillo diciendo: — es un diamante».

Miren ustedes que entran ganas de poner carbonería. Por lo del diamante... y por lo otro.

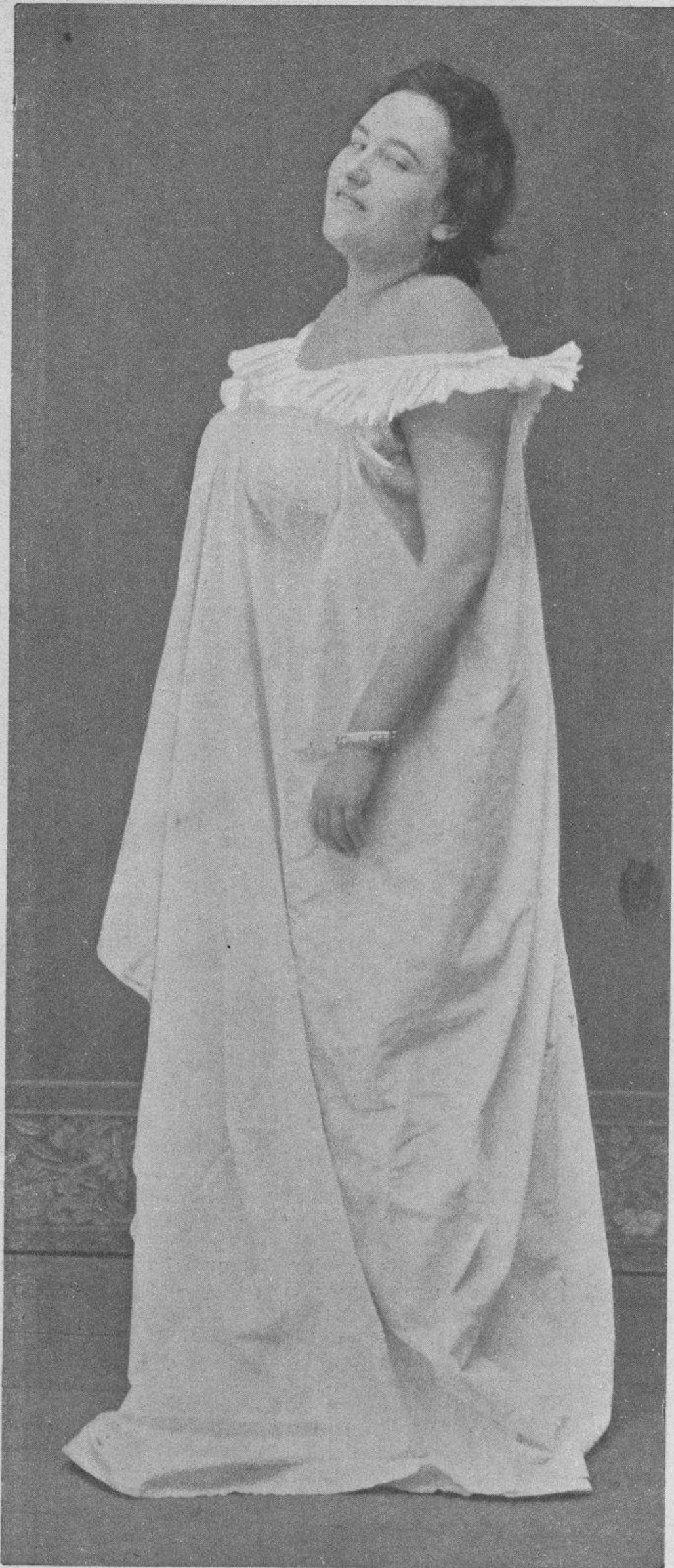
En cuanto á lo demás tiene muchísima razón Stahl; en asuntos femeniles casi siempre sale uno tiznado.

Beaumarchais, que sabe donde le aprieta el zapato, ha expuesto un axioma capaz de poner en cuidado á toda una generación de mujeres bonitas rodeadas de adoradores

Beaumarchais ha dicho:

«Los hombres honrados aman á las mujeres; los que las engañan las adoran».

No se sabe si estos últimos son también honrados ó no lo son, pero conste que las adoran.



— Por más que digan, las mujeres somos amantes del progreso y defenderemos siempre la libertad de enseñanza.

De modo que cuando un caballero, un currutaco ó un gomo, como ahora se dice, se acerque á una señorita exclamando: « ¡ Oh, Sinfioriana... : la adoro á usted !... » Será cosa de que Sinfioriana le suelte con la mayor delicadeza del mundo un par de bofetones de cuello vuelto y lo denuncie, además, á la policía.

Y si el pisaverde tiene el atrevimiento de llegarse al papá de la niña, diciéndole: — « Caballero, adoro á su hija de usted »; el papá debe tomar un palo y contestarle al *engañador* en las costillas.

¡ Y quéjese luego el apaleado á Beaumarchais !

Madama Staël, que debía estar bien enterada, ha consignado de esta manera el fruto de sus observaciones:

« El amor es la historia en la vida de las mujeres, y un episodio en la de los hombres ».

Por eso tal vez abundan tanto las mujeres de historia.

Ahora lo comprendo.

No quiero indisponerme con esa bella mitad del género humano que se llama mujer.

Y termino haciendo constar que me hallo en perfecto acuerdo con Lemesle, que dice: — « Las mujeres nos deben casi todos sus defectos; nosotros les debemos casi todas nuestras buenas cualidades ».

A. SÁNCHEZ RAMÓN.

Él se enojó cierto día
y apartaron cama y mesa;
ella con mucha tristeza
tanto la ausencia sentía,

—
que á un niño suyo industrió
en que le desenojase
cuando por la puerta entrase;
y apenas el padre entró,

—
cuando á señas de la madre
el chiquillo que lo ve
le dijo: — Padre, ¿ por qué
no se acuesta con mi madre ?

—
Él el mudo labio sella,
sin responder ni sentir;
y el chico volvió á decir:
— ¿ Quiere acostarse con ella ?

—
Díjole tercera vez
y aun cuarta, y no respondió;
y la mujer que advirtió
su extrañeza y esquivez,

—
le dijo con pecho blando:
— Hombre de condición dura,
responde á esa criatura
que se está desgañitando.

El Tábano

FÁBULA

Simplicio Merlo se llamaba un joven alto, rubio, simpático, elegante, que hablaba de Solón y de Bethoven, de política muerta y palpitante.

Simplicio Merlo, pues, hombre decente, de grande oreja y pie, y angosta frente, largo bigote, puntiaguda pera, no dejaba de ser... Muestre quién era la relación verídica siguiente:

A cierta romería don Simplicio Merlo concurría, y todo concurrente, grande ó chico, dama ó galán, allí montó en borrico: mayor caballería no debieron hallar de buenas artes, y hay burros muy de bien en todas partes.

Habiéndose apeado para gozar la plácida verdura de un floreciente prado, y siguiendo al ginete su montura, un Tábano atrevido, saltale á don Simplicio á la mejilla, y de ella sacudido, le punza entre el mechón de la perilla.

Simplicio en el instante las manos echa al perillán picante (perillán esta vez inadvertido), y héteme aquí mi Tábano cogido.

«Oiga usted, caballero, dijo (la cortesía lo primero) Simplicio al sangrador; tengo entendido que es en ustedes uso cuadrúpedos picar, mas no que pique Tábano alguno al hombre; y, juzgándome digno de este nombre, debo manifestar que estoy confuso, y quiero se me explique luego, sin dilación, cómo se abona el hecho consumado en mi persona. — Señor hombre de Dios, contesta el preso, tengo excelente olfato y mala vista, y cometí por eso culpa que me avergüenza y me contrista. Véole á usted ahora, y advierto que enamora por su talle y figura y el aire señorial en traje curro; pero al volar aquí, mala ventura mía, que á mi honradez no corresponde, trájome á la nariz (no sé de dónde), un olorcillo á burro, y tropezando con usted á tiento, le piqué, suponiéndole jumento.

—La causa ya discurro (Simplicio reparó) del desatino que usted á ciegas cometió: me sigue no lejos el pollino que monto en este viaje, y lo que usted olió fué mi bagaje.

—Cierto, señor: su enojo se mitigue, manso perdone la imprudencia mía: no supe qué pinché ni qué me olía. Racional es usted hecho y derecho, no bestia vil de carga.

—Me doy por satisfecho—

dijo, y abrió los dedos el Simplicio, y el Tábano se larga;

y en pago del inmenso beneficio, grita en el aire con acerbo chiste:

«Bien á burro me olías;

lo eres á no dudar, pues no entendiste mis poco rebozadas maulerías.

Los pinchazos agudos y frecuentes con que le rompo al asno el cerviguillo, te ofrezco si te pillo

donde á mi gusto mi rejón te alcance.»

Súpose por el Tábano este lance, y óyese desde entonces á las gentes, en honra y gloria de Simplicio Merlo:

«¿Hueles á burro tú? Señal de serlo.»

J. E. HATRZENBUSCH.



Con mi calada mantil'a
y el aire de mis canciones
voy robando corazones,
porque soy flor de Sevilla.

Al verme se maravilla
la gente y me da la palma...
no hay quien me mire con calma,
ni hembra á quien no cause enojos,
pues llevo el cielo en mis ojos,
y el paraíso en mi alma.



M a r r a m a u

(POEMA EN PROSA)

Marramau érase el gato y la dueña del felino Niní. La historia de los dos seres no puede ser más sencilla: Cierta mañana de Septiembre el precioso animalejo se había tendido en la azotea, recreándose en sentir su piel lustrosa acariciada por el sol, que acababa de romper las brumas. Las tejas de las techumbres, húmedas de rocío, brillaban como si la mano de los cíclopes las hubiesen frotado con una esponja colosal.

Niní se asomó al ventanillo de su cochitril, que daba á los tejados, y contempló entre curiosa y sorprendida aquel ejemplar precioso de la raza. Después llamóle con los dedos y con la voz:

— Marramau ; dijo.

El gato levantó la cabeza, hizo como si sintiera cosquillas en los bigotes, encrespó el lomo, y despreciándose contestó bruscamente:

— Marramau.

Niní le llamó de nuevo : ¡ mixi, marramau !, y el tigre diminuto, estirando las uñas, moviendo el rabillo coquetonamente, y saltando de modo que parecía que bailaba el minué, se aproximó á la joven, mayando:— ¡ mau ! ¡ mau ! ¡ marramau !

* * *

Se metió por la reja, dióle con la manita á Niní, como le hubiese dado á un ratoncillo, y poniéndose serio, sentóse sobre sus patas y clavó la mirada en su amiga.

Marramau, que tal vino á llamarse, era un fugado, según se deduce de las observaciones de Niní, de cierto presidio grande, donde las provisiones no escaseaban. Pero Marramau debía ser un gato bohemio, inteligente, sentimental, pues aborrecía las cadenas doradas, los establecimientos penales de la raza donde sobran alfombras, divanes, cogines, y faltan manos que se deslicen amorosamente por el lomo. Presumo que lo que pasaba por su piel, cuando más, era el plumero de algún criado servilón que le echaba diplomáticamente de sus alcatifas.

No es raro, pues, que Marramau simpatizase con Niní. Aquella memorable mañana la joven acababa de salir del lecho, y como en nuestro clima casi meridional las mañanas de Septiembre no son todavía frescas, segura de no padecer en su recato, Niní andaba muy ligera de ropas. Tras una caricia dulce, echó mano al felino, llevósele á su cara, restregó su hocico por la boca, y á la postre lo acurrucó breves instantes en su amoroso y hermosísimo seno.

La calorcilla de aquellas ricas ubres le pareció de perlas á Marramau. Olvidóse del sol que calentaba su lomo en los tejados (y creo que á ser yo Marramau, y aun sin serlo hubiera hecho lo mismo) y envalentó-



— Aquí, en el seno de la Naturaleza me siento patriota: ¡que venga el enemigo... le espero!

La Saeta

nado, estiró una mano, sacó las uñas y arañó con toda la suavidad exigible en un felino, la delicada y sonrosada carne de la simpática y linda tiranuela.

* * *

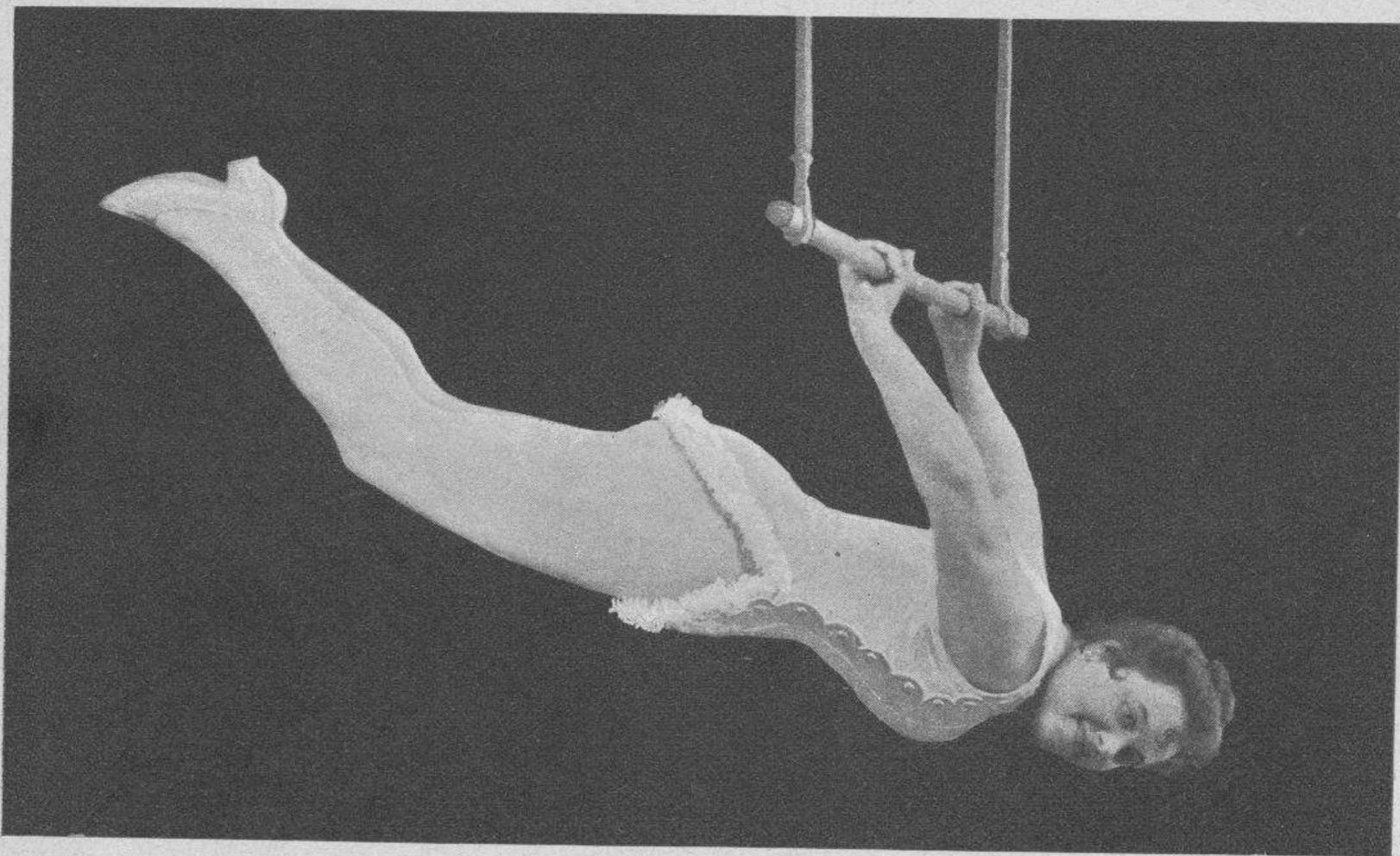
Escocióle la caricia á Niní, pero no le asustó el ver aquel rasguño sanguinolento.

¿Y sabéis por qué?

Ella misma me lo dijo, cuando yo, curioso, viéndola tan guapa y tan lejos de todo trato, la interpele por su retiro y su abandono:

— Ah, señor, el día en que yo intimé con Marramau estaba muy triste. La víspera me abandonó él... Manolo Miquis. ¿Y sabe usted? Cuando Marramau me arañó en el pecho sentí las uñas del ingrato olvidadizo. La sensación igual. Y pensé: nosotras amamos porque no podemos prescindir de las caricias, y al fin tan tigre como el hombre es el gato, con la diferencia de que las heridas se sienten de la misma manera, pero... Marramau es más inofensivo.

CLAK.



En el trapecio. — ¡Y qué no sabemos hacer planchas nosotras!

Diario de una casada

(Continuación)

Mayo, 15. — Mis días se deslizan plácida, tranquilamente; con una tranquilidad rayana en la monotonía. No me ocurre nada y no abro siquiera este diario porque no tengo ninguna impresión que apuntar.

Mayo, 18. — Las de Prat y las de Linares se han empeñado en que formemos parte de una expedición organizada para pasar una semana en Montserrat. He aceptado con entusiasmo la idea; le encuentro un atractivo tan poderoso, tan poético á esa soberbia montaña, ¡y tan pintoresca, tan llena de recuerdos!... Hace dos años pasé allí ocho días deliciosos, y guardo fresca en mi alma la profunda impresión que me causó el maravilloso espectáculo de esa naturaleza imponente.

Pero mi entusiasmo ha chocado con la frialdad de Pepe, quien encuentra cien pretextos para eludir el «enojoso compromiso» en que le ponen nuestros amigos. —Pero si no es compromiso ni es enojoso— le he dicho yo, — al contrario, es una ocasión oportuna que se nos presenta de pasar una semana agradabilísima; ¿por qué no hemos de aprovecharla? Pero él empeñado en resistir y en querer convencerme de que esas expediciones «en comunidad» resultan siempre fastidiosas y llenas de incidentes desagradables. Insisto en mis trece, y entonces se acuerda mi señor marido de que tal día tiene señalada una vista ante la Sala segunda; tal otro, una junta de abogados; que sólo le quedan tres para redac-

tar un escrito importante; en fin, que no le es posible de ningún modo ausentarse en estos momentos.

— Pues bien, si no puedes — he concluído por decirle — déjame ir á mí.

— Imposible — ha contestado secamente; — no estaría bien que al cabo de dos meses de casados te fueses tú de bureo mientras que yo me quedo en casa.

Como no tenía ganas de discusión ni de disputa, me he callado; pero la procesión anda por dentro.

Satisfecho Pepe de mi sumisión, me ha dicho: — Quedamos en que no iremos á Montserrat, pero en cambio te llevaré, si quieres, todas estas noches al teatro.

— Irás tú; lo que es yo prefiero quedarme en casa — contesto yo con un tonillo tan seco que le dejó aplastado.

Mayo, 19. — Estamos de monos.

Mayo, 20. — Sigue la misma situación.

Mayo, 30. — Mamita ha estado tan enferma que no he pensado en otra cosa; ¡qué susto nos hemos llevado todos! Gracias á Dios el peligro pudo ser conjurado pronto y mi madre se levanta ya. Durante estos días se ha mostrado Pepe tan solícito, tan afectuoso con su suegra, ha sido un yerno tan irreprochable, que toda aspereza conyugal ha desaparecido.

— ¿ Ves si tenía razón — me decía anoche sonriendo — en oponerme á ese viaje?... Cuando á tu madre le dió el ataque nos habríamos encontrado fuera y sin saber nada.

Es verdad; ¿ pero podía sospechar él siquiera que mamita se pondría enferma?... el tunante parece ahora sacar partido de las circunstancias. Mas aunque su intención no fué buena, le agradezco sinceramente su... ¿ cómo diré?... su despotismo marital. Pero no le aconsejaré que abuse de él muchas veces.

Junio, 3. — Acabo de experimentar una de las emociones más hondas de mi vida. Pepe no advirtió nada, y sin embargo creo que debía notarse en mi rostro la agita-

ción que me dominaba y que en el primer momento no sabía como reprimir.

Anoche fuimos al teatro. Era la primera vez, desde la enfermedad de mamá, quien ayer tarde empezó á salir de casa. Paca Linares y su marido, Pepe y yo ocupábamos un palco bajo, escuchando las insulseces de una pieza nueva del género chico, cuando de pronto sentí una impresión extraña, indefinible. He oído asegurar muchas veces

que la mirada fija, insistente, de una persona, aun á distancia y en medio de una multitud, ejerce como una especie de atracción irresistible en la otra persona á quien se mira. El caso es que sin darme cuenta del « por qué » he vuelto de pronto la cabeza hacia las últimas filas de la platea, como si algo me obligase á ello. Y he visto una faz descolorida, demacrada: dos ojos tristes, muy tristes, que se posaban en mí. El corazón me ha dado un vuelco: creo que me he puesto primeramente muy pálida, luego encendida: sí, he sentido una oleada de fuego en mis mejillas.

¡ Qué cambiado está, Dios mío! ¡ cuán impresas lleva en su semblante las penalidades de esa terrible campaña, en donde ha pasado dos años! Dos y medio han cumplido desde que se rompieron nuestras relaciones, y no sabía de él, sino que se había marchado voluntariamente con uno de

los primeros regimientos que embarcaron para Cuba. Hasta su regreso ignoraba... y al verle ahora, en una rápida ojeada, tan diferente de lo que era, con las huellas del sufrimiento en la faz y mirándome con tanta tristeza, me ha dado como un golpe violentísimo ahí dentro y he tenido que hacer un esfuerzo para no llorar.

Afortunadamente nadie ha reparado en mi emoción. Paca, su marido, el mío, tienen la atención puesta en el escenario; Pepe especialmente, que se ríe como un bobo de las gracias estúpidas que suelta el actor cómico. No sé por qué, me ofende esa hilaridad. De súbito, cual si quisiera



— ¿ Qué se propondrá el Gobierno cargando cinco céntimos á las cartas? — Yo no escribo más á mi novio... ¡ y á ver !

hacérmela compartir, se vuelve y me dice:

— Tiene sombra ¿ eh ? mucha sombra... ¡ Hola !... ¡ qué sería estás !... ¿ No te hace gracia esa pieza ?

— ¿ A mí ?... maldita — contesto con despejo.

Se encoje de hombros, vuelve á mirar y á reir, y así está hasta que cae el telón. Entonces se levanta y sube con Antonio para fumar un pitillo en los corredores. Paca

hace con los gemelos una visita de inspección en los palcos y yo no puedo resistir á la tentación de echar una mirada, allá, al extremo de la platea.

¡ Pobre Fernando !... Con qué pena se levanta de su butaca y echa á andar trabajosamente cojeando, apoyado en un bastón...

Por la copia,

JUAN BUSCÓN.

(Continuará)



Ejercicios acrobáticos.

¡ Esas tenemos !...

Me han dicho que ese danzante
te persigue decidido;
pues como yo le eche el guante
lo divido.

Porque, aunque soy una malva,
cuando me aprietan las cuñas
ni el más valiente se salva
de mis uñas.

¡ Pues buen genio tiene el chico,
cuando se pone furioso,
para aguantar que ese mico
te haga el oso !

Aconséjale que emigre,
si es que vivir ambiciona
y no quiere que peligre
su persona.

Dile que yo nunca cedo,
porque á eso no me acomodo
y que me sobra denuedo
para todo.

No te rías de este alarde
que tanto el amor inflama,
que no hay un hombre cobarde
cuando ama.

Cuidado con que me ofusque
y salga de mis casillas;
dile, que nunca me busque
las cosquillas.

Y, en suma, te participo
que tan en serio lo tomo,
que como pesque á ese tipo...

¡ me lo como !

J. PÉREZ CARRASCO

Pedacitos de cartas

• • • • •
 ¡Tu primer amor!... ¡No lo creo! A tu edad sería ridículo que yo fuese tu primer amor.

• • • • •
 No te avisé la hora de misa porque me ha regañado el confesor. Dice que vamos á la iglesia, no á oír, sino á ver oír misa, y es ofensa de Dios. Yo le hice el cargo de que los hombres sois tan irreligiosos, que si no es por la golosina de vernos no ponéis los pies en la iglesia, y menos oíríais misa, y algo es algo. Creo ha de conocerlo así, y el domingo que viene se conciliará todo. Pero no tosas á cada momento; no sé qué tiene la tos que se contagia. El domingo pasado parecía la iglesia un hospital, y los que más tosíamos éramos los jóvenes. Así dice el confesor: ¡Qué juventud!

• • • • •
 Luísa se casa, Pepita se casa, todos se casan... ¡Menos nosotros!

• • • • •
 Ya sabes que no tengo más voluntad que la tuya; por eso mismo, la tuya debe ser no contrariarme nunca.

• • • • •
 Gracias por mis cartas. Ya sabía yo que eres un caballero. ¡Qué nos hemos querido mucho! ¿Quién lo duda? ¿Que sientes verme casada?... Vamos á cuentas. ¿Pensabas tú casarte conmigo? Y aunque lo pensaras, no eres tú de la madera de los buenos maridos. Hubiéramos sido muy desgraciados. Puedes quedarte con el retrato de máscara. Así como así, es en el que estoy más parecida.

• • • • •
 No es que me pareciera mal el regalo, sinó el modo de hacerlo. El billete prendido en un ramo de flores, hubiera sido una delicadeza; mandado en un sobre, fué una grosería; pero hay pocos hombres que sepan poetizar esas miserias.

• • • • •
 Te lo agradezco mucho; pero otra vez no andes

con tonterías; las flores se marchitan en seguida y cuestan un sentido.

• • • • •
 Tendremos una casita tan pequeña, que á poquita felicidad que entre en ella, la llene toda.

• • • • •
 ¡Eso es lo que me quieres! ¡Sabías que iban á subir las acciones y no me avisas!

• • • • •
 Ayer entré por vez primera en una iglesia para pedir que me quisieras mucho, y hace dos noches que estoy mirando al cielo, á ver si vuela alguna estrellita; pero ninguna quiere molestarse en llevar mi petición. Veremos esta noche. Digo veremos, porque



— ¿ Dos escuadras yankees á la península? ¡Límpiate que estás de huevol!

sabiendo que estaré asomada, pasarás por la calle. ¿No es cierto que pasarás?

Habré tonteado con muchos, pero que-

rer á ninguno... no lo creas, digo que nó.

No vengas á verme esta noche, que mañana voy á confesar.

JACINTO BENAVENTE.

María-Pepa

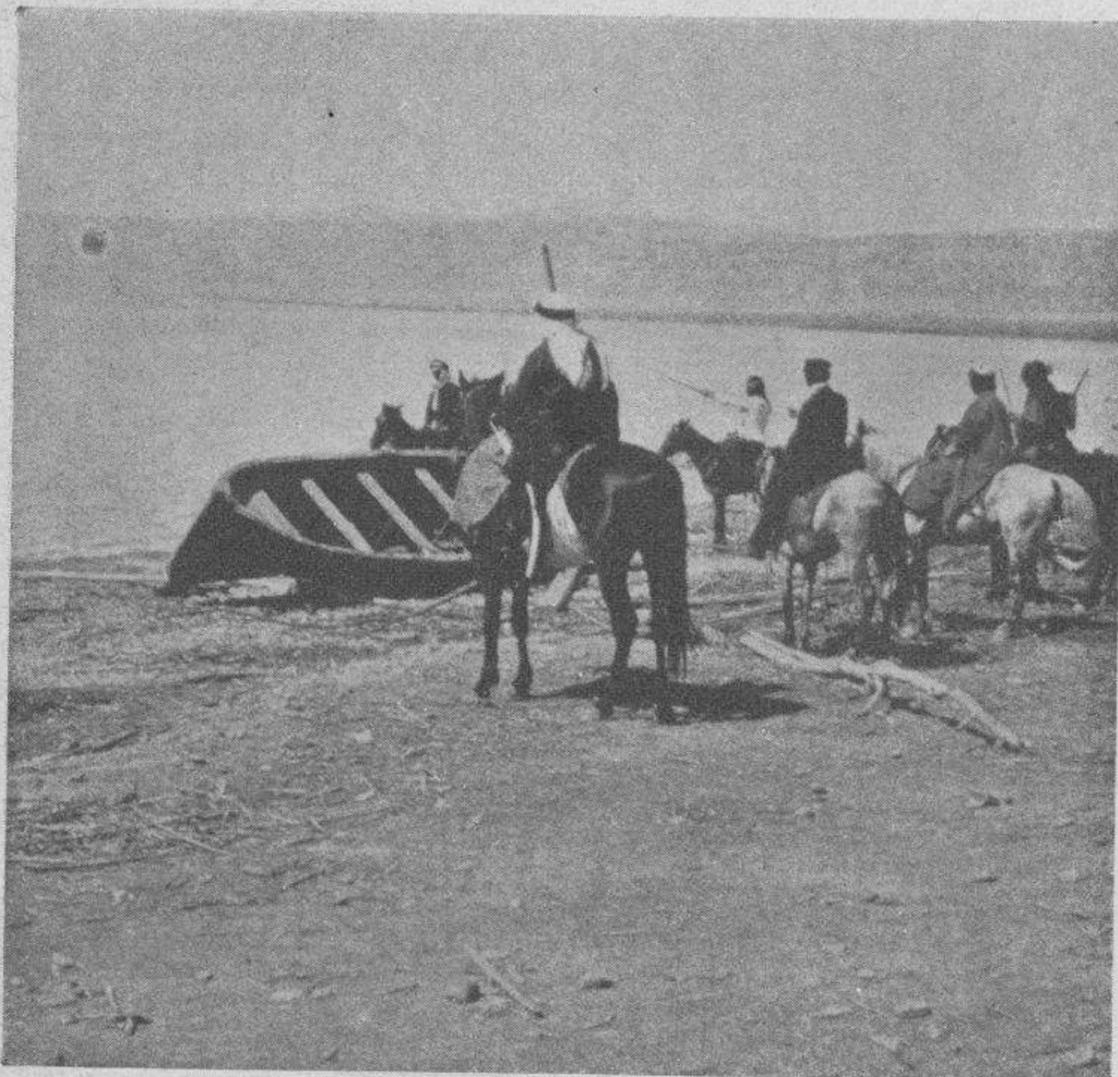
I

La casita distaba medio kilómetro escaso de la población... podía llevar cómodamente todas las mañanas su canasto de legumbres, antes de que el día alborease, y volverse paso á paso con el producto de la venta en el bolsillo, sin que el sol hubiera despertado en su nidaje á los arrapiezos de su hermana... Y ya no tenía trabajo más penoso que cumplir. Quizás era la más mimada en casa de la viuda, y eso que la viuda tenía dos hijuelos hermosotes, á quienes adoraba con todo su corazón como había adorado al padre... Pero á María-Pepa la había visto así... pequeñita como ellos, y la había también enseñado á hablar, á correr y á quererla...

Si que es verdad que la joven era un tanto voluntariosa; pero esto se le podía perdonar al verla tan gentil, tan sonrosada y linda... ¡oh, si que era linda! Con dos guiñapos arreglaba aquel cuerpo flexible como un junco, y se llevaba detrás los ojos de todos los mancebos de la comarca; en cuanto al rostro, no había más que mirarlo, porque María-Pepa mostraba siempre la expresión alegre y el genio regocijado. Sobre todo, era preciso admirarla cuando salía con el canasto sobre la cabeza, tomando por atajos y veredas camino de la ciudad: entonces su tez, ligeramente pálida, no había arreglado aún el descuido perezoso del sueño; su andar, aunque seguro, era sosegado y negligente, y además llevaba la crencha de cabellos suelta por la espalda, y un brazo puesto en jarras sobre la cintura, mientras sostenía con la mano del otro el rústico atalaje... Bien sé yo que más de uno de aquellos labriegos rudos y rusticotes habíase privado de media hora, y de una á veces, de reposo, por tener el orgullo de darle los buenos días, y echarle un requiebro, así á la buena de Dios, como ellos los echan, y hasta ofrecerse á aliviarla de la carga por el placer de conversar con la moza y andar á la vera suya; pero ella á todos contestaba riendo que el canasto era ligero como unas pajas, y que no quería distraer á nadie de sus faenas; decíales también que se llevaba bien con su soledad por aquellos campos, y que no sabía andar al lado de ningún hombre... Este epigrama pueril érase muy natural en ella, porque en su corazón no habían despertado sinó vagamente los deseos... iba siendo mujer sin dejar de ser niña, como Dios manda, aunque por lo común en esto, como en todo lo demás, no suele ser obedecido.

No digo yo que no contribuyese á conservar tan primitiva sencillez en María-Pepa la apacible y sedentaria existencia que llevaba en la casita de la viuda... No vivía ésta en holgura, pero el cuadro de hortalizas que le legó su marido al morir dábales lo necesario para bien llevar las penalidades de este mundo... Sus productos vendíalos á buen precio en los puestos de la plaza pública á los mismos ambulantes, y para el cultivo, con un hombre que, de vez en cuando, cavara, estercolara y limpiara el terreno, que era inmejorable, salíanse del paso. En lo demás, ellas mismas se arreglaban, pues lo demás ya era pan comido.

Seguro estoy de que mi pobre Enrique (Enrique era un amigo á quien yo quería entrañablemente), habíase apasionado de la rústica grandeza de aquel hogar, escondido en la hondonada de la vega, lleno de luz y de perfumes. Porque Enrique era así, algo soñador, algo loco, algo iluso: buena prueba de ello es que le llevó á aquellas montañas del medio día una enfermedad del corazón, que no sé como había hecho presa en el pobre muchacho, pues Enrique no gastaba su naturaleza en vicios, ni tenía motivos para que un desengaño, un dolor, de esos que no pueden resistir los seres débiles y enfermizos, que son los que más ardientemente se apasionan, destrozara su corazón. Pero el hecho es que Enrique estaba enfermo y que los médicos no podían, ó no sabían



En el Rif. — Preparándose á la piratería

salvarle de otra manera que saturando sus pulmones con aire, ese aire puro que sopla en aquellas montañas perfumado con las emanaciones acres del mar, y recoge esencias de romero y de tomillo, y limpia la atmósfera de los gases que la enrarecen.

Y por cierto que Enrique no pudo hacer aquel viaje sinó á costa de enormes sacrificios, porque él no era nada en el mundo social, ni poseía bienes de fortuna... no era más que escritor, y esto no así á tontas y á locas, sinó con mucha fibra, con mucha, y merced á haber consumido más de la mitad de su vida en el fondo de las bibliotecas... Cuando salió de Cataluña para atravesar casi media España, llevaba en el bolsillo cincuenta napoleones con qué hacer frente á todas las exigencias de su curación... y sólo yo sé como pudo reunirlos.

Enrique frisaba entonces con los veinticinco, y había pasado la mitad de este tiempo luchando con la estrechez de su posición, bregando por alcanzar lo irrealizable... y lo irrealizable eran sus ambiciones, ambiciones de artista, es decir, de loco; porque Enrique, á pesar de poseer carácter entero y varonil, no era espíritu práctico. Así es, que la primera contrariedad contra la cual se revolvió era su propio talento. Y cuenta con que mi amigo tenía lo que há menester cualquier hombre para no vivir con penuria. ¡Oh, pero él no era cualquier hombre! Nó; él, el pobre, necesitaba de todos los refinamientos del gusto, de todas las superfluidades que disfruta un sibarita millonario.

Por eso, cuando los médicos le aconsejaron que cambiara de clima, acogió con mal disimulado deleite la idea; estando bueno hubiera siempre jamás creído que el proyecto era solemne majadería: así, había que elegir entre morirse ó abocarse á los peligros de una miseria casi segura. Y él quería vivir... vivir para gozar, vivir para ser dichoso, vivir para el amor...

El amor era otra de las ambiciones de Enrique: él, que apenas conocía halagos en el cariño; él, que no guardaba recuerdo de las caricias de su madre; él, que había vivido perennemente solo, soñaba también con amar á una mujer... con un amor que no era amor, y á una mujer que no era mujer, por ser demasiado grandes y nobles para hallarlos sobre la tierra; es decir, estaba demasiado lejos de la realidad: ¡qué no había de ser en esto menos iluso y menos romántico que lo había sido en todo lo demás de su existencia!

J. F. LUJÁN.

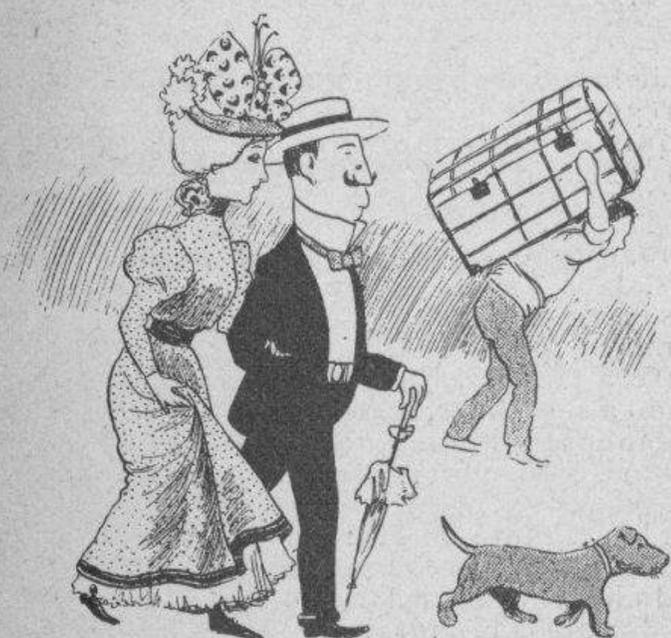
Á BAÑOS DE OLEAJE, POR XAUDARÓ



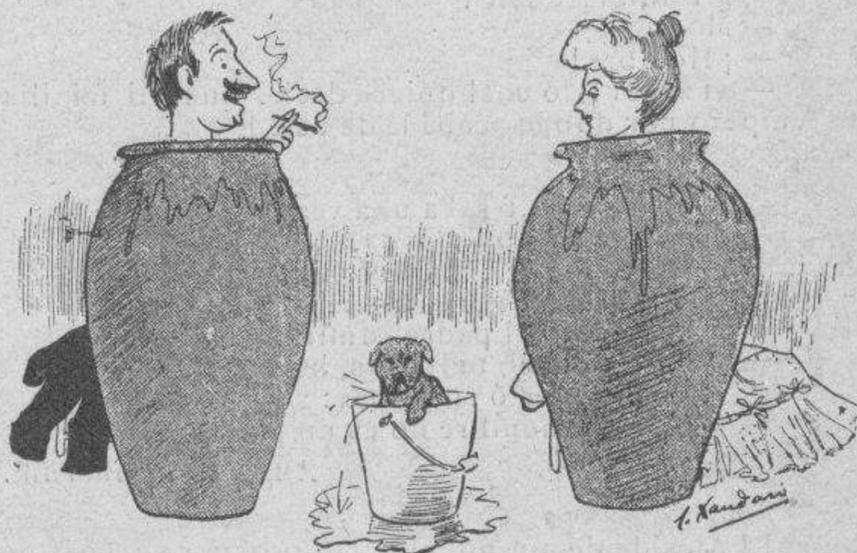
— Esta tarde iremos á despedirnos de la Marquesa de H.



— Sí, señora; á ésta le han recetado los baños de mar...
— ¿Y los tomará aquí? — Nó, señora; ¡vamos á Luchon



— Cualquiera creará que estamos en Luchon... y la verdad es que vale tanto este pueblo como todos los balnearios conocidos.



— ¡Qué cursi la Marquesa! ¡Preguntar si te bañarías allí!
¡En la mar vieja!



NOTAS BIBLIOGRÁFICAS. — MONTSE-
RRAT. — *Album - Guía - Plano - His-*
toria de la célebre montaña catalana.
— En el epigrafe de este precioso vo-
lúmen se indica ya su importancia y
su oportunidad. D. Eudaldo Canibell,
autor del texto (que llama histórico
descriptivo con buen acuerdo), nos ofrece en él un
trabajo útil, utilísimo. Todos los datos que pueda
apetecer el excursionista, se encuentran prolijamente
reunidos y bien ordenados; cuantas noticias é indi-
caciones necesite el forastero para adiestrarse y va-
larse en la excursión, en la obra están. Es álbum
por la copiosa y artística colección de vistas que dan
justa idea de las bellezas que atesoran aquellas gi-
gantes y graníticas moles, cantadas por los poetas,
admiradas por las almas contemplativas y creyentes.
— A más de lo dicho, que no es sino noticia lijera
de lo que vale el Album, el señor Canibell ha de-
mostrado en su labor histórica poseer erudición
nada común y espíritu observador y estudioso. La
forma amenísima. Lejos de incurrir en los desacier-
tos de otras obras de esta índole, merece aplauso y
elogio el autor por su cultura literaria. — Seguro es
que su laudable intención, al publicar *Montserrat*
será recompensada por el público, ya que deben ad-
quirir el citado Album (que está al alcance de todas
las fortunas) cuantos se dirijan al Monasterio.
Hemos leído con gusto este trabajo y agradecemos
el envío.

A los postres de un banquete de calaveras, al cual
había asistido un caballero americano, cuyo color y
ensortijados cabellos decían bien claro el país de
donde era oriundo, se le antojó á un mocito diver-
tirse á expensas del americano, preguntándole des-
caradamente:

- ¿Qué era su padre de usted?
- Mulato, respondió secamente el americano.
- ¿Y su abuelo?
- Negro.
- ¿Y su bisabuelo?
- Mono.
- ¡ Hombre!
- Sí señor; lo cual quiere decir, que mi familia
empezó por donde acaba la de usted.

Se confesaba una vez
una niña modosita,
alta, rubia, muy bonita;
de carmín era su tez.
La dijo el padre admirado:
— ¿Cómo te llamas, hermosa?
Y contestó ruborosa:
— Mi nombre no es un pecado.

Angel de la Guardia.

El Alcalde de un pueblo, famoso por su feria de
burros, fué comisionado por el Ayuntamiento para
arengar á Enrique IV. El alcalde no era tonto; pero
su arenga pareció pesada á los cortesanos, y uno de

ellos, por entretener al Rey burlándose del lugareño,
le dijo:

— ¿Tendréis la bondad de decirme qué precio lle-
van este año los burros del pueblo?

Sonrióse el Rey al oír esto; y el Alcalde, conociendo
la burla, contestó mirando con desprecio al in-
solente preguntador:

— Cuando son de vuestra talla y de vuestro pelo,
no se venden á ningún precio.

—Gentil hombre he sido yo—
un jorobado exclamó;
y otro dijo:—no lo sé;
lo que es hombre, será usted,
pero gentil, eso nó.

Los mandamientos de la mujer.— El primero, amar
al hombre sobre todas las mujeres.

El segundo, no jurarle amor en vano.

El tercero, hacerle fiestas.

El cuarto, quererle como á su padre y á su madre.

El quinto, no olvidarle.

El sexto, no engañarle.

El séptimo, no celarle.

El octavo, no dar calabazas ni fingir.

El noveno, no desear más que un prójimo.

El décimo, no codiciar los novios ajenos.

He aquí la despedida de un periodista americano:
Abandono las funciones á que por tanto tiempo me
he consagrado, plenamente convencido de lo inútil
que es pretender salvar en ellas la conciencia. Desde
que publico esta hoja, me han hecho decir un sin
fin de falsedades sobre toda clase de asuntos. Nunca
he podido decir una palabra de verdad sin perder
algunos suscriptores y sin atraerme enemigos. He
llegado á despreciarme hasta á mí mismo, y me reti-
ro para restaurar, si puedo, mi conciencia moral.

A un grande hombre que no tenía condecoración
alguna, le preguntaban por qué no la tenía.

— Mejor quiero, contestaba, que me pregunten
por qué no la tengo, que por qué la tengo.

Un artesano, que acostumbraba á embriagarse to-
dos los lunes, daba á su esposa malos tratamientos
y aun golpes en aquellos días.

La pobre mujer, que le quería, había acabado por
acostumbrarse á tan desagradable renta; pero ha-
biendo llegado á ser madre, y aunque su esposo se-
guía embriagándose los lunes, notó que éste parecía
haber olvidado su costumbre de pegarla semanal-
mente.

Admirada, le preguntó un día:

— ¿Por qué no me pegas ya los lunes?

Y su marido le contestó, señalando con el dedo la
cuna en que dormía la criatura:

— Temo despertarle.

¡ Hermoso influjo de la paternidad!

Rombos enlazados

```

      *           *
    . * .       . * .
  * * * * *   * * * * *
    . * .       . * .
      *           *
    
```

Substituir los puntos y estrellitas por letras, de modo que horizontal y verticalmente se lea en el primer rombo: 1.^a Número romano; 2.^a Adverbio; 3.^a Nombre de mujer; 4.^a Preposición, y 5.^a Vocal; en el segundo: 1.^a Consonante; 2.^a Adverbio; 3.^a Apellido de una notable actriz; 4.^a En el mar, y 5.^a Vocal.

A. SÁNCHEZ CARRERE.

Aeróstico metalúrgico

```

. . M . .
. . E . . .
. . T . . .
. . A . .
. . L . . .
. . E . . .
. . S . .
    
```

Substituir los puntos de forma que leídos con los que constan resulte lo que éstos indican.

J. P. CILLO.

Jeroglífico

T A P A R

A. SANCHEZ CARRERE.

Soluciones á lo insertado en el número anterior:

CHARADAS: Pereda. — Verdad.

CUADRADO: M A N O
A S A R
N A D A
O R A R

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO: Ese es el mundo.

Correspondencia

M. A. — Como verá usted, me he arriesgado; pero consítele que sólo con la idea de que le sirva de estímulo para seguir estudiando y aplicándose. Merecía usted que no le hubiera complacido, y eso que está más cuidado que los anteriores. Notará usted algunas correcciones. Fijese en que

son de palabras inútiles, de agudezas... atrevidas, pero inútiles también. En esto es en lo que más quiero que preste atención. Amenos y picarescos pueden ser los artículos, pero advierta que saltando al paso á estas virtudes están los vicios de chocarrería y de suciedad inconveniente y grosera. La gracia ha de ser siempre fina, discretamente intencionada... y éstas son ideas generales que yo le indico, y que nada tienen que ver con la elección de asuntos y de caracteres observados del natural. — A propósito, ¿por qué no elije otros, más complicados, menos cerca de la basura? Pruebe. Me servirá acaso para determinar su verdadera índole literaria. — Otra advertencia. Lea el trabajo después de escrito (pero después de escrito ¿eh? para que no pierda el estilo en soltura), y allí donde encuentre consonantes próximas... capirota. Sustituya usted el vocablo convenientemente. Conseguido esto ya le iré dando otras indicaciones.

¿En cambio, sería usted tan amable que me apuntase otras dos? Una: qué edad tiene. Otra: qué lecturas hace usted. Pero sea usted sincero sobre todo, pues comprenderá que no es curiosidad lo que me anima á hablarle así; y no tema cansarme, puesto que cree que soy su amigo, corresponda usted.

L. L. — ¿Quién dijo miedo? Adelante
Los americanos no me arredran
mis oídos no estropean
con sus horribles cañonazos...

¡Sí que tendrá gracia que sea un dormilón de los finos y que se plante la escuadra del resucitado Schley delante del puerto y nos regale todas las mañanas con una sinfonía de granadas y obuses! Siga usted.

¡Sús! soldados á impedir,
á impedir que esos morrales
se atrevan por nuestros males
á nuestras costas á venir.

A... a... ¡Ah! Usted es tan guasón como Mac-Kinley.

C. R. D. — No puedo complacerle. Flojísima.

Petit Figaro. — No es que esté mal, precisamente; pero no acaba de gustarme. Mande si quiere otra cosa y veremos.

El Tripitas. — Empieza así su «Desahogo»:

España, patria mía
poco á poco se las lía...
y con triste oiapasón
el mundo aclama á Sampson.

Bien dijo el sabio: el mundo es necio.

Ese pueblo americano,
escoria del mundo entero,
te tocó á tí con la mano
y gritaste: «Adiós mi dinero».

En eso sí que está usted acertado; podemos decir todos los españoles: ¡adiós, mi dinero! Porque no parece sino que la escuadra enemiga bombardea nuestros bolsillos. Pero donde raya usted á gran altura es cuando escribe:

Que vivan los españoles,
abajo los americanos;
éstos son unos marranos
que se comen con caracoles.

Es usted, además de mal poeta, excelente cocinero. Váyase á Cuba y aderece ese plato como rancho extraordinario para la tropa.

L. E. L. — Esta vez no me ha convencido.

Corpiño. — ¿Pero usted cree que pueden escribirse impunemente odas al sol en el mes de Julio?

N. T. Nó. — C. M. D. Tampoco. — Chino. Imposible. Y hasta la próxima semana.

Prohibida la reproducción de los originales de este número

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, Kiosco número 3

—* PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN *

España y Portugal, semestre . . . 6 pesetas

Año 11 »

Extranjero y Ultramar, un año . . . 17 »

Número corriente, 20 céntimos

Número atrasado, 30 céntimos

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Capsula lleva el nombre



PARIS, 8, rue Violonne, y en las principales Farmacias.

AUTORES CÉLEBRES

El dueño de los kioscos **EL SOL** (Rambla del Centro, frente al Liceo y Rambla de las Flores, frente á la Puertaferri) ha realizado una combinación con el editor de la biblioteca de **AUTORES CÉLEBRES** que le permite regalar á sus favorecedores á cambio de 30 CUPONES por cada volumen, que vale **Una peseta**, las obras que forman dicha Biblioteca y son hasta el día las siguientes:

OBRAS PUBLICADAS

De Ponson du Terrail	La Viuda de Sologne	1 tomo
De » »	Odio de Raza	1 tomo
De Paul Feval	La Daga misteriosa	1 tomo
De » »	Los Fanfarrones del Rey	2 tomos
De E. Poé	Un crimen misterioso	1 tomo
De Alfonso Karr	Una historia terrible	2 tomos
De Erekman Chatrian	La Posada de los tres ahorcados	1 tomo
De Octavio Feuillet	Novela de un Joven pobre	1 tomo
De Dickens	Las luchas de la vida	1 tomo

Se publicará al menos un tomo mensual. — Precio en venta en ambos kioscos, 20 cénts. tomo

EN PRENSA

De Paul Feval	La morada misteriosa	1 tomo
De Ponson du Terrail	Remordimiento	1 tomo

NOTAS. — Á todo el que desee adquirir dichas obras, remitiendo el importe en libranzas del giro mutuo ó valores de fácil cobro al representante Joaquín Vila, kiosco **EL SOL**, Barcelona, las recibirá á vuelta de correo franco de portes.

No respondemos de los extravíos no remitiendo 25 céntimos para el certificado.
A los corresponsales se les harán descuentos condicionales al fijar el pedido.

En los mismos kioscos se vende la
Guía de Calles, Plazas y Paseos de Barcelona con la agregación
con indicación de las entradas y salidas y distritos á que pertenecen

PRECIO: 15 CÉNTIMOS

*** CUPON PRIMA *** Regalo á los compradores — de **LA SAETA** — *

Presentando este Cupón en el kiosco número 3 de la Rambla del Centro, se entregará al portador por **DOS REALES** la celebradísima y renombrada comedia en 3 actos y en verso, original de D. Ceferino Palencia

CARRERA DE OBSTACULOS

una de las que más han contribuído á cimentar la fama de su autor.

Con este mismo Cupón, y abonando **DOS REALES** más, tendrá derecho el portador á adquirir el drama en 3 actos y en prosa, de D. Marcial Morano

EL MAYOR CASTIGO

que tan celebrado fué por el público y la crítica cuando se estrenó en el teatro Principal. Asimismo se entregarán por el citado precio de **media peseta** cada una, **SOR TERESA** ó **EL CLAUSTRO Y EL MUNDO** y **LA VIDA ES SUEÑO**



20 cénts.

Núm. 399

